

Cuatro décadas de aporte para la transformación social: la Universidad que soñamos

P. Carlos Mauricio Agudelo Gallego

Hoy, al saberme aquí, acompañado de mi madre, hermanos, familiares, hermanos Religiosos de la Congregación de Terciarios Capuchinos y Hermanas Terciarias Capuchinas, colegas, invitados e invitadas y muy apreciados miembros de esta comunidad educativa universitaria, quisiera exhortarles a recordar aquel hermoso cuestionamiento profesado por el educador y doctor en física Jorge Wagensberg (2002), a saber: ¿qué hay en el tiempo, para que su sola presencia lo cambie todo? El legado que recibo cuenta una historia de cuatro décadas de trabajo duro, compromiso y fidelidad. Así, este nuevo rol me vincula con el pasado y con el presente, en tanto me convoca a pensar y trabajar en procura de habitar, comprender y transformar los tiempos venideros.

La Universidad Católica Luis Amigó, desde su misión, ha definido con claridad su razón de ser: formar profesionales con conciencia crítica, ética y compromiso social, capaces de contribuir al desarrollo integral de la sociedad. Lo declarado en la misión no es una simple consigna retórica ni una formulación abstracta; es una orientación vital que atraviesa nuestro quehacer educativo y da sentido a cada decisión institucional.

Esta vocación se encuentra en plena coherencia con el **Plan de Desarrollo Estratégico 2023–2034**, cuyo lema, *Formar para transformar*, expresa no solo una apuesta pedagógica, sino una convicción profundamente humana y cristiana: la educación transforma cuando toca la vida, cuando genera sentido y cuando se compromete con la realidad concreta de los pueblos.

A través de este horizonte estratégico se reafirma el legado histórico de nuestra Universidad: formar ciudadanos y profesionales capaces de leer críticamente la realidad, de comprometerse con ella y de transformarla desde una ética humanista y cristiana. El Plan de Desarrollo Estratégico no solo enuncia este propósito, sino que señala las rutas que debemos recorrer para hacerlo posible con responsabilidad, creatividad y fidelidad a nuestra identidad.

Desde esta perspectiva, el **Plan de Acción** para este periodo rectoral que hoy iniciamos surge como respuesta a esa responsabilidad histórica, a la tradición y a la necesidad de seguir construyendo ese horizonte común. Su desafío será traducir los grandes propósitos institucionales en acciones viables, pertinentes y transformadoras, siempre al servicio de la misión.

De ahí que este camino haya sido preparado mediante un ejercicio serio de empalme y discernimiento con el padre Carlos Enrique Cardona Quiceno, rector saliente, en un proceso que fue mucho más que una transición administrativa. Fue un auténtico espacio de escucha, diálogo y corresponsabilidad institucional. De este ejercicio surgieron encuentros con cada una de las unidades que conforman la Universidad, permitiéndonos reconocer fortalezas, tensiones y desafíos compartidos.

De estos diálogos emergieron múltiples necesidades y enfoques de trabajo, pero quizá la más reiterada y significativa fue la de fortalecer los **procesos de gobernanza**. Por ello he querido poner un énfasis particular en este eje, consciente de que hablar de gobernanza no es simplemente referirse a estructuras, sino a la manera como nos relacionamos, decidimos, cuidamos y proyectamos la vida institucional. Es decir, hablar de gobernanza implica también una referencia a la gobernabilidad como dinámica y la gubernamentalidad como modo de ser. En este sentido los procesos de gobernanza habrán de rememorar, a la manera expresada por Camps (2012), que las preguntas por la existencia de los otros y la otredad permiten, inexorablemente, comprender que el otro también soy yo.

Por lo anterior y como en todo proceso de conocimiento, de gestión y de liderazgo, hay un punto de partida ineludible: la **capacidad de hacernos preguntas**. No cualquier pregunta, sino aquellas que nos desinstalan, que nos sacan de la comodidad y nos obligan a mirar más allá de lo ya sabemos. Por eso, en este nuevo periodo rectoral, quiero insistir en el valor de la pregunta como motor de transformación. Preguntarnos con honestidad:

- ¿Cómo podemos hacer mejor las cosas?
- ¿Cómo hacer posible lo que hoy parece lejano?
- ¿Cómo fortalecer nuestras Decanaturas, Direcciones, Unidades, Centros Regionales y Equipos?
- ¿Cómo lograr que la Universidad siga creciendo y generando impacto social real?

Creo firmemente que en la calidad de las respuestas a estas preguntas comienza la transformación. De ahí que me permita invitar a todos los maestros, particularmente a mis queridos maestros amigonianos, a cavilar sobre este asunto: *sin preguntas móviles, para qué enseñar; con respuestas fijas, para qué aprender.*

Retomando, en clave de paráfrasis, a un reconocido teólogo español que nos acompañó el año pasado en el Primer Congreso Internacional de Pedagogías y Humanidades Críticas, el doctor Juan José Tamayo, él suele insistir en una idea que vale la pena traer a este espacio: con frecuencia, las instituciones operan como estructuras heredadas del pasado y, en consecuencia, tienden a ofrecer respuestas antiguas a preguntas que surgen en el presente. Sin embargo, cuando creemos que ya tenemos claridad y dominamos las respuestas, descubrimos que las preguntas han cambiado (Tamayo, 2024).

Y es precisamente allí donde quiero poner el acento, estimados y estimadas: estamos llamados a atrevernos a formular nuevas preguntas, preguntas que nos permitan construir respuestas pertinentes para el presente y visionarias para el futuro; respuestas que aporten a la sostenibilidad institucional, pero, sobre todo, que

hagan posible seguir cumpliendo nuestra razón de ser: transformar vidas. La Universidad transforma vidas, y así lo ha hecho durante estas cuatro décadas de existencia: formando personas, educando ciudadanos, y entregando a la sociedad profesionales altamente cualificados.

Quiero enfatizar, además, un aspecto fundamental: el buen nombre que tiene esta Universidad no se explica únicamente por su historia institucional, sino, de manera especial, por el testimonio y la excelencia de quienes han pasado por sus aulas. Nuestros graduados y graduadas están hoy en múltiples ámbitos de la vida social, en diversas profesiones y responsabilidades, llevando en alto el nombre de esta casa de estudios. Y eso es fruto de una formación humana, integral y cristiana, que ha buscado siempre educar con sentido, con ética, con compromiso y con vocación de servicio desde este claustro universitario.

Este ejercicio de preguntar nos remite inevitablemente al relato fundante de nuestra Universidad y a su carisma originario. El padre **Luis Amigó y Ferrer**, confrontado con la dura realidad de niños y jóvenes excluidos de su tiempo, especialmente en los contextos carcelarios, no fue indiferente. Se dejó afectar, se dejó interpelar, y desde la compasión comenzó a preguntar. De esas preguntas, nacidas del dolor y del amor, emergió el Proyecto de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, que hoy sigue dando vida a nuestra misión educativa.

Si miramos el mundo actual, las preguntas siguen siendo urgentes. Vivimos tiempos marcados por guerras, hambre, desplazamientos forzados, migraciones masivas, crisis ambiental, inestabilidad económica y una creciente deshumanización. Frente a este panorama, no podemos eludir una pregunta decisiva: **¿qué tipo de respuesta estamos ofreciendo para no reproducir estas realidades?**

Aquí la fe ilumina nuestra responsabilidad. El Evangelio nos recuerda:

“¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para repartir la ración a su debido tiempo?” (Lc 12,42).

Este texto no habla sólo de eficacia, sino de **fidelidad, prudencia y responsabilidad**. La gobernanza, en clave cristiana, es administrar lo que no nos pertenece, cuidando la vida, las personas y los bienes con sentido de servicio. Esta imagen del administrador fiel es una clave espiritual para comprender el liderazgo universitario al que estamos llamados a ejercer durante los próximos cuatro años de periodo rectoral. He aquí la primera invitación que extiendo a todas y todos quienes me acompañarán en el liderazgo que asumirán de cada una de las unidades que conforman esta querida Universidad: cuiden con fidelidad creativa y con responsabilidad el talento humano, lo demás emergerá como efecto de esta primera acción.

Desde esta perspectiva, la gobernanza no puede reducirse a modelos verticales, cerrados o autorreferenciales, que terminan reproduciendo exclusión y desigualdad, alimentando lo que el Papa Francisco ha denominado la *cultura del descarte*. Transformar la Universidad implica, necesariamente, **transformar nuestras formas de gobernanza**.

En este punto, es necesario hacer alusión al concepto de **autopoiesis**, desarrollado por el científico chileno Humberto Maturana. La autopoiesis nos recuerda que los sistemas vivos no se transforman por imposición externa, sino desde procesos internos de reorganización, cuidado y sentido (Maturana y Varela, 1973). Una universidad viva es la que se piensa a sí misma, que aprende de su experiencia, que se renueva desde dentro sin perder su identidad.

En línea con este bello concepto, nuestra Universidad puede llegar a ser una institución autopoietica: capaz de regenerarse, de aprender de sus tensiones, de cuidarse como comunidad y de proyectarse creativamente hacia el futuro, manteniendo su coherencia ética y su fidelidad carismática.

En este sentido, avanzar hacia una gobernabilidad más horizontal, participativa y corresponsable implica asumir el diálogo, la comunicación y el discernimiento como prácticas reales y no sólo declarativas. Comunicar, desde la tradición amigoniana, es acompañar, es humanizar. No hay gobernanza auténtica sin una comunicación clara, respetuosa, oportuna y bidireccional.

Asimismo, la gobernanza implica **cuidar**. Cuidar a las personas, reconocerlas, escucharlas y acompañarlas. El talento humano no es un medio, es el corazón de esta Universidad. Del mismo modo, el cuidado responsable de los recursos financieros es una expresión concreta de nuestra ética institucional: administrar con transparencia, con visión estratégica y con compromiso social. El compromiso al cual hago alusión es semejante al enunciado por Lévinas (1996), al sostener que nos sabemos comprometidos cuando la responsabilidad se torna en un ejercicio, próximo y cercano, a nuestro sentir y a nuestra propia experiencia de humanidad.

A estos elementos se suman dos pilares que han sostenido nuestra historia: la **ética y la transparencia**, que nos han permitido caminar con credibilidad durante estos cuarenta años; y la **creatividad**, entendida como una fuerza transversal que impulsa nuevas formas de enseñar, aprender y organizar la vida universitaria.

Todo este entramado de sentido converge en la **toma de decisiones**. Somos conscientes que las instituciones pueden lograr su transformación cuando las decisiones se toman con conciencia, orientadas al bien común y no al interés particular. Por ello, invito a que las decisiones de nuestros consejos, comités y estamentos estén marcadas por la honestidad, la corresponsabilidad y la claridad comunicativa.

Solo así, desde una gobernanza fiel, participativa y profundamente humana, podremos seguir siendo una Universidad que forma para transformar, que cuida la vida y que responde, con esperanza y responsabilidad, a los desafíos de nuestro tiempo.

En coherencia con todo lo anterior, el periodo rectoral que hoy iniciamos se orientará por ejes de acción claros, discernidos comunitariamente y en profunda fidelidad a nuestra identidad amigoniana. No se trata de acumular iniciativas dispersas, sino de ordenar los esfuerzos institucionales en torno a aquello que fortalece la vida universitaria, cuidar a las personas y garantizar la sostenibilidad ética, académica y financiera de nuestra Institución.

En primer lugar, este periodo rectoral priorizará el **fortalecimiento de una gobernanza ética, participativa y corresponsable**, que promueva espacios reales de diálogo, concertación y toma de decisiones compartidas. Esto implica revisar estructuras, clarificar roles, optimizar procesos y consolidar una comunicación institucional transparente y bidireccional, donde cada unidad, programa y estamento se reconozca como parte viva del mismo cuerpo universitario.

En segundo lugar, asumimos como eje transversal el **cuidado integral de las personas** que conforman esta comunidad académica. Cuidar el talento humano, acompañar los procesos formativos, promover condiciones de bienestar, estabilidad y sentido, y fortalecer una cultura organizacional basada en el respeto, la confianza y la dignidad humana será una prioridad innegociable. En coherencia con ello, el cuidado del talento humano implica también tomar decisiones responsables frente a quienes, mediante prácticas contrarias a estos principios, afectan a las personas y al clima institucional. Por esta razón, será imperante el acompañamiento constante a quienes lideran los procesos, de modo que las decisiones e iniciativas se adopten en plena coherencia con nuestro carisma amigoniano, para el cual la persona es y será siempre el centro de la misión.

Una Universidad que cuida a su gente es una Universidad que se proyecta con esperanza; una esperanza que no defrauda, como lo afirmó el Papa Francisco en *Spes non confundit*, con la que convocó al mundo cristiano al Jubileo del año 2025. La esperanza cristiana está fundada en el amor de Dios y no falla, porque nada puede separarnos de Cristo, aun en medio de las dificultades.

El tercer eje está orientado a la **consolidación académica y pedagógica**, fortaleciendo la calidad de los programas, la innovación curricular, las metodologías activas y la articulación entre docencia, investigación y proyección social e internacionalización. En este ámbito, la creatividad será una aliada fundamental para responder con pertinencia a los desafíos del contexto local, regional y global, sin perder el horizonte humanista y cristiano que nos define. Nos resultará entonces menester convocar una concepción de creatividad que logre superar lo obvio, en tanto nos invite a trasegar nuevos trayectos epistémicos.

De manera articulada, y como cuarto eje, este periodo rectoral apostará por una **gestión responsable y transparente de los recursos**, comprendiendo la sostenibilidad financiera no como un fin en sí mismo, sino como una condición para garantizar la misión institucional en el tiempo. La planificación, la evaluación permanente y la toma de decisiones informadas permitirán que cada proyecto esté alineado con el Plan de Desarrollo Estratégico 2034 y responda a necesidades reales de la comunidad universitaria.

Como quinto eje, haremos un énfasis decidido en el **relacionamiento estratégico** de la Universidad Católica Luis Amigó en los ámbitos local, regional, nacional e internacional, como condición clave para sostener el crecimiento institucional y acelerar la transformación universitaria. Este relacionamiento se consolidará mediante una interlocución permanente y propositiva con el Ministerio de Educación Nacional, Alcaldías, la Gobernaciones, Secretarías de Educación, así como con aliados del sector privado y público, y con organismos y redes internacionales que fortalezcan nuestra capacidad académica, investigativa y de incidencia.

Este eje se desarrollará desde la fidelidad a nuestro carisma amigoniano, a nuestra identidad católica y a la misión que inspira el nacimiento mismo de la Congregación y de la Universidad. Por ello, el relacionamiento institucional no será únicamente una estrategia de posicionamiento, sino una expresión de nuestra

vocación de servicio, diálogo y cooperación, orientada al bien común y a la dignificación de la vida humana.

De manera especial, fortaleceremos la **proyección social** como un compromiso transversal de toda la Universidad, convocando a cada unidad académica y administrativa a impulsar iniciativas con impacto real en los territorios. En coherencia con el Año Jubilar Franciscano, asumimos con mayor determinación el llamado de la Iglesia y de la familia franciscana a acercarnos a las comunidades, especialmente a las más vulnerables, empobrecidas y necesitadas, permitiendo que nuestra presencia como Universidad sea un signo de esperanza, justicia y fraternidad.

Estas líneas de acción que acabo de esbozar se comprenderán desde una lógica de autopoiesis institucional: una Universidad que se observa, se evalúa, aprende de su experiencia y se renueva desde dentro. No buscamos transformaciones impuestas, sino procesos conscientes de reorganización y mejora continua, en donde la identidad amigoniana será el principio que articule la innovación con la fidelidad al carisma fundacional.

Finalmente, todo este camino estará iluminado por la convicción evangélica del administrador fiel y prudente, que gobierna no para sí, sino para el bien de la comunidad que le ha sido confiada. Con esta conciencia asumimos el liderazgo: como un servicio, como un acto de cuidado y como una responsabilidad compartida. Que este periodo rectoral nos permita seguir construyendo, juntos y juntas, una Universidad viva, coherente, humana y transformadora, al servicio de la vida, de la sociedad y del Reino de Dios.

Les invito para que nos pongamos en actitud de oración; y quienes sepan la siguiente oración, me acompañen proclamándola con fe:

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!

Que allí donde haya odio, ponga yo amor;

donde haya ofensa, ponga yo perdón;

donde haya discordia, ponga yo unión;

donde haya error, ponga yo verdad;

donde haya duda, ponga yo fe;

donde haya desesperación, ponga yo esperanza;

donde haya tinieblas, ponga yo luz;

donde haya tristeza, ponga yo alegría.

¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto

ser consolado como consolar;

ser comprendido, como comprender;

ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;

olvidando, como se encuentra;

perdonando, como se es perdonado;

muriendo, como se resucita a la vida eterna.